

HOMILIA en el funeral de IÑAKI BERICIBAR

La imagen que me viene es la del hombre que no se deja vencer por la adversidad, sino que da la batalla y se abre paso, incluso en medio del dolor, para seguir construyendo fraternidad.

Claro que impactan los últimos años de Iñaki aquí en la enfermería. Los dolores constantes, con mejorías temporales, en el cuerpo. Tiempos en que uno veía que todo el cuerpo temblaba. Pero no dejaba de bajar a la quiete comunitaria, ni dejaba de recibir a su familia y amigos que lo visitaban. Lo que es más importante no dejó de acompañar a tantos exalumnos y amigos de la vida que desde el Skype y otras redes sociales lo buscaban, pues con su sabiduría los ayudaba.

Esto es resultado de un camino que debemos ubicar en su familia. Cómo olvidar que el modo de reponerse ante el dolor de la pérdida de un sobrino en aquel terrible accidente de los chicos del colegio San José de Mérida fue la magnífica obra de su padre que hoy disfrutamos en San Javier del Valle. Iñaki bebió de esas aguas y bien que lo destacaba.

Este abrir espacios de vida se expresó en diversos momentos de su existencia. Desde sus clases de biología en el Loyola Gumilla (69-86), invitó a sus alumnos a sembrar vida. Arborizó los espacios del colegio y luego asumió el proyecto de Nekuima con su hermoso bosque. Hoy el Papa nos habla de ecología y justicia, ya Iñaki había comenzado el camino.

Porque si a justicia nos referimos tenemos a Iñaki dedicado a respaldar la obra que apenas había iniciado Vélaz en el Masparro desde 87 al 99. Allí la biología se transforma en enfermería y granja. Cuida de los chicos, cuida de la tierra, cuida de la formación y la producción. Es integrar todo en uno. Junto a ello lleva la pastoral del colegio y de las comunidades aledañas.

En el 99 se abre una nueva faceta, Iñaki párroco y pastor. Con su sabiduría acompaña a la comunidad de la Parroquia San Luis Gonzaga en Cumaná y luego en San Francisco, donde detectada la enfermedad de Parkinson debe pasar a la enfermería.

La enfermedad puede aislarnos y más que el mal físico puede constituirse en uno espiritual. Pero el hombre tallado en Iñaki no se amilanó. Conocí a un hombre que sabía expresar sus sentimientos, aconsejar, disfrutar, reír y llorar. Vi a un ser humano en plenitud.

En marzo celebraba sus 80 años de vida. El 18 de septiembre estaba celebrando sus 60 años de Compañía. Y aunque se nos fue de manera sorpresiva, creo que en realidad alcanzó la verdadera celebración de la vida en plenitud que merecía.

Descansa en Paz y gracias por tantas lecciones de vida.

Arturo Peraza SJ
Provincial de la Compañía de Jesús